

Buscando lo que somos más allá de categorías

Laura Ivette Peña Munevar*

Resumen:

El trabajo de recoger la vida a través de las palabras; aprender a tejer los pensamientos en la academia y alimentar así las raíces del territorio, no es fácil. El objetivo es no permitir que los conceptos fijen la realidad y continuar pensando desde aquellos como si existieran antes que la realidad misma. Los hilos que van a ser parte de este texto son: la discusión por el nombrar; la existencia del territorio desde antes de 1492 con y sin romanticismos; las historias que persisten en la actualidad, con esto la re-significación de la conquista como mojón histórico importante, pero no único en el territorio y la posibilidad del futuro en el presente. Estas temáticas nos permiten dar cuenta de: la importancia de la memoria, los principios comunitarios, la permanencia cultural y las proyecciones de futuro que vienen hacer hebras entrelazadas que forman los hilos que pretenden tejerse

Palabras clave: América Latina, Nuestra América, Abya Yala.

Sería preferible dejar desiertas nuestras altiplanicies, y nuestras pampas si solo hubieran de servir para que en ellas se multiplicarán los dolores humanos.
Henríquez Ureña

En las realidades de nuestro continente “todo” sucede simultáneamente, se van formando así, poco a poco, las prácticas cotidianas que vivimos. Autores como Echeverría reflexionaron en conceptos como el barroco; Cornejo Polar en la heterogeneidad contradictoria; Quijano acerca de la heterogeneidad histórico estructural. Así, leer la realidad permite pensar conceptos que la representan y este trabajo siempre ha estado presente en nuestro continente y la lucha por la hegemonía del sentido que estas significaciones contienen ha existido incluso antes de la llegada de los imperios en 1492.

Iniciar con la pregunta: ¿cómo nombrar el territorio? Es construir el significado político desde el lugar donde se retoma la historia, en la medida que el acto político de nombrar no inaugura el mundo, sino una disputa por la representación del mundo, porque “la historia occidental pasa por el uso de sus lenguajes y supuso siempre la política del nombrar [...] Iris Zabala sostiene que el código heurístico del nombrar es la forma de cartografiar lo político que fija la imagen cultural y la subordinación de sus diferencias que sufren una destrucción radical de su identidad” (Muyolema 2001, 328).

Así buscar la trayectoria del nombre América Latina es encontrar a José María Torres Caicedo, buscando una *denominación científica para designar el conjunto de las Américas española, francesa y portuguesa encontrando que “latina” es la adjetivación adecuada y añade:* “Claro es que los americanos-españoles no hemos de ser latinos por lo indio, sino por lo español” (Muyolema 2001, 329). En el mismo texto encontramos un enfoque que evidencia como el nombre de América Latina representa el proyecto que ha buscado fundir la diferencia para fundar la unidad, diluyendo lo indígena y lo africano borrándolo a través de la tergiversación para que no exista reconocimiento identitario en la espesura hegemónica que representa América Latina.

Frente a esta perspectiva blancoide que pretende universalizarse bajo América Latina, Martí propone llamarla: “Nuestra América” recuperando su historia desde los Incas. Nuestra América Mestiza es el proyecto político situado que busca hermanar los cuerpos, aquellos que se alzaron y vencieron por ella, luchando por libertad, desde allí Martí asume otra perspectiva política que no es la racial, no hay odio

* Estudiante de la Maestría en Estudios de la Cultura, con mención en Artes y Estudios Visuales; Licenciada en Ciencias Sociales por la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. lauritaive@gmail.com.

de razas porque no hay razas, hay posibilidades de existencia, pero estas no se concretarán hasta que los marginados no se den cuenta que están traza- dos por la misma historia, la marginal, “hasta que no se haga andar al indio no comenzará a andar bien América” (Fernández 2006, 72).

Sin embargo, el entusiasmo político de Martí en Nuestra América Mestiza no se concreta; el mesti- zo vuelve a convertirse en usurpador del otro, del indio, del negro, esta categoría domina los discurs- os liberadores que ven en el mestizo la posibili- dad de pensar América desde la unidad, no desde una hermandad; desde la exclusión en un discurso denso donde las culturas deben ser sacrificadas para dar cabida a la posibilidad de una identidad Latinoamericana. De esta manera, a la categoría mestizo le pasa lo mismo que a la de criollo, de la cual Retamar nos dice:

Las vicisitudes del término criollo al respecto han sido estudiadas por José Juan Arrom. Según él, la palabra surge en el portugués del Brasil en el si- glo XVI. Significaba “criado en un lugar”, es decir, no venido de fuera. Se aplicó primero a los negros americanos (para distinguirlos de los africanos), luego a animales y plantas oriundos de estas tie- rras, y por último también a blancos de similares características. Pero hacia finales del siglo XVIII y principios del XIX, había quedado casi exclusi- vamente reservada a los considerados blancos americanos, como señal de su diferencia con res- pecto a los metropolitanos” (Fernández 2006, 24)

Categorías surgidas para designarse como dife- rentes, para hacer referencia al interior del con- tinente conteniendo la exclusión que marca el de afuera en el adentro, están cerradas en una *estructura binaria, donde el sujeto dominante está posicionado estratégicamente dentro del sujeto do- minado* (Restrepo, Walsh y Vich 2010, 432). Así los excluidos de los sentidos históricos que se iban construyendo, no pudieron ni inventar ni errar, la puerta se cerró tras ver la esperanza que estos tenían en el corazón. Sin embargo, ellos hicieron fisuras, saltaron por las ventanas, abrieron nuevas puertas, la lengua propia, los nombres de los terri- torios en algunos casos lograron permanecer, su espiritualidad se mantuvo porque desde el mismo encuentro en Cajamarca, se vio quienes fueron los esotéricos, abstractos, y poco prácticos, quiénes dieron cuenta de su dios por medio de las letras, quiénes seguían el cuento sin poder leerlo, quié-

nes tenían una fe que no podían compartir al otro porque esta estaba empobrecida por la lealtad de la corona, por la libertad del proyecto expansionis- ta. La espiritualidad concreta y visible que se prac- tica en estos territorios fue la raíz que permitió resguardar las memorias que quisieron ser exclu- idas borradas, subsumidas, las que ahora deciden afianzar un proyecto político donde el territorio es nombrado como Abya Yala.

Este nombre es la posibilidad de hacer memoria, siguiendo a Ariruma Kowii: “el vocabulario de una lengua es el patrimonio de su memoria, lo que puede permitirnos, en el caso de los pueblos que han experimentado procesos de opresión y explo- tación, como el pueblo kichwa, recurrir a su voca- bulario para reconstruir su memoria, o en su defec- to, hacer un intento de aproximación de encontrar los sentidos, la razón de ser de un pueblo, de una cultura” (Kowii 2015). Este intento se hace con el término de Abya Yala, nombre dado por el pueblo kuna, localizado en Panamá y Colombia, para de- signar este territorio. En el pensamiento kuna este continente ha atravesado por cuatro etapas y cada una tiene su respectivo nombre:

“Kualagum Yala, Tagargun Yala, Tinya Yala, Abya Yala. El último nombre significa: territorio salvado, preferido, querido por Paba y Nana, y en sentido extenso también puede significar tierra madura, tierra de sangre”. Así esta tierra se llama “Abya Yala”, que se compone de “Abe”, que quiere decir “sangre”, y “Ala”, que es como un espacio, un terri- torio, que viene de la Madre Grande” (Rodas 2013).

Retomar este nombre es sabernos parte de la tie- rra, la lengua permite darnos cuenta de esto, por ejemplo, en nasa Yuwe (lengua de la gente del pueblo nasa): Kiwe es tierra, Uma es madre y si decimos Uma Kiwe nos estamos excluyendo de sentirnos parte de ella, hacemos referencia a ella como un objeto la madre tierra, como un sentido que no hace parte de nuestro pensamiento, mien- tras que si decimos Kiwe Uma estamos diciendo nuestra madre tierra, estamos recordando que hacemos parte de su historia, retomando las pala- bras del Gran jefe Steal:

Somos parte de la tierra y ella es parte de noso- tros [...] Todo lo que ocurra a la tierra, le ocurrirá también a los hijos de la tierra [...] Esto es lo que sabemos: la tierra no pertenece al hombre, es el hombre el que pertenece a la tierra. Esto es lo

que sabemos: todas las cosas están ligadas como la sangre que une a una familia. El sufrimiento de la tierra se convertirá en sufrimiento para los hijos de la tierra. El hombre no ha tejido la red que es la vida, solo es un hilo más de la trama. Lo que hace con la trama se lo está haciendo a sí mismo. (Seattle 1854)

Por eso cuando usamos el nombre Abya Yala estamos haciendo referencia a este proyecto político, a esta memoria símbolo de identidad y respeto por el lugar que habitamos, porque no tiene sentido devorar todo lo que hay en la tierra y dejar tras de sí todo un desierto, restar posibilidades de futuro. De allí que Abya Yala se recoja desde un sentimiento de pertenencia y hermandad, así los líderes de las organizaciones indígenas empiezan a posicionar un sentido distinto, sentido que se retoma e irradia posibilidades de una historia diferente, se autoconvocan así e invitan a juntar esfuerzos para luchar por horizontes distintos de existencia. Estos horizontes se alimentan de las historias sucedidas antes de la llegada de los españoles, porque incluso se sabe que los mal llamados “imperios prehispánicos” también fueron culturas donde predominaba la imposición de unos sentidos del mundo, por eso buscar las raíces de los pueblos y analizarlas de una manera crítica es central para no ver las culturas indígenas desde un romanticismo idílico que las desprovee de sus raíces, de su conocimiento, para no caer en una visión folclórica e indigenista que reduce la complejidad de las cosmovisiones a una metáfora enunciada desde una lectura pasiva y homogenizante que no genera transformaciones en el territorio.

Para no permitir que la historia del continente se configure como un referente que se observa y describe desde lejos, en una retórica glorificante y paradisiaca, atascada en un tiempo que se deja atrás, sin reconocer cuáles trazas siguen presentes en nuestra cultura y cómo podemos asumir opciones distintas al paradigma hegemónico del presente, es necesario reconocer nuestra historia desde antes de la llegada de los españoles, es preciso evidenciar que allí no empiezan a construirse los sentidos de nuestra vida, como ha marcado el discurso mestizo expandido por la historia oficial, compartimos modos de vivir presentes antes de la conquista como el tejido, la ejercitación de la memoria, maneras existentes de relacionarse con los

recién nacidos, de relacionarnos con lo espiritual. Las luchas por el sentido siguen presentes y varios territorios nos invitan a tener presentes estos sentidos a buscarnos a encontrarnos más allá de lo que nos han dicho que somos. Por esto el papel de las memorias es fundamental, ya que la posicionamiento de estas es la que permite seleccionar unos recuerdos e instaurar unos olvidos indispensables para la reorganización y reorientación de un pasado que busca la superación en el sujeto colonial de la representación que otros han hecho de él.

Oro para ti. Oro para tus mujeres. Oro para tus reyes.
Oro para mi muerte. ¡Oro!
Pero un día volví. ¡Y ahora vuelvo!
Andrade 1997

Lista de referencias

- Andrade, Cesar Davila. 1997. *Boletín y elegía de las mitas y otros poemas*. Quito: Libresa.
- Fernández, Retamar. 2006. *Pensamiento de nuestra América: Autorreflexiones y propuestas*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Kowii, Ariruma. 2015. “Visión cultural del mundo andino: el caso del pueblo Kichwa”. En Rafael Gonzalo, edit., *Filosofía y sabiduría ancestral*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander.
- Muyolema, Armando. 2001. “De la ‘cuestión indígena’ a lo ‘indígena’ como cuestionamiento: Hacia una crítica del latinoamericanismo, el indigenismo y el mestiz(o)aje”. En Ileana Rodríguez, edit., *Convergencia de tiempos: Estudios subalternos/contextos latinoamericanos, Estado, cultura, subalternidad*, 327-63. Atlanta: Rodopi. <<http://www.reduii.org/>>.
- Restrepo, Eduardo, Catherine Walsh y Víctor Vich, edit. 2010. *Stuart Hall. Sin Garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Bogotá: Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador / Enviación / Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar / Instituto de Estudios Peruanos.
- Rodas, Jose Javier. “Cronicas de la tierra sin mal”. Creado el 2 de marzo de 2013. <<http://cronicasinmal.blogspot.com/2013/03/abya-yala-el-verdadero-nombre-de-este.html>>. Consulta: 15 de diciembre de 2015.
- Seattle, Jefe. [1854]. “Carta del Gran Jefe Seattle, de la tribu de los Swamish, a Franklin Pierce Presidente de los Estados Unidos de América”.